América en los libros

Guamán Poma de Ayala, pionero de la Teología de la Liberación. Manuel G. García Castellón. Editorial Pliegos. Madrid. 1994.

La Teología de la Liberación es un nuevo modo de elaborar, o entender, la ciencia que conduce al hombre a la deidad. Baja desde alturas eminentemente científicas y hasta oscuras, a estratos terrenales, tangibles, demostrando que es posible el acercamiento de lo sobrenatural a lo humano. Tiene su nacimiento y especial campo de cultivo en Latinoamérica con nombres tan notables como Gustavo Gutiérrez, Ignacio Ellacuría y Enrique Dussel.

Un antecedente en la historia, aunque no reconocido antes como tal, es Guamán Poma de Ayala. Noble peruano, de linaje mestizo entre quechua y yarovilca, asume el Evangelio como instrumento de justicia, y a partir de su estudio minucioso elabora un pequeño tratado que remite al Rey de España. Es un compendio de memorial de agravios, propuesta política profunda, tratamiento de la historia en muchas facetas y urgimiento de soluciones. Poma de Ayala no discute la autoridad del Rey lejano e ignoto, pues ve en él al nuevo Inca que milagrosamente se interpone en la disputa dinástica entre los hermanos Atahualpa y Huáscar. En plena guerra civil por la sucesión estaba el Tahuantinsuyo a la llegada de los españoles y fue lo que precipitó la victoria de Francisco Pizarro.

La Nueva Crónica y Buen Gobierno, que así se llama la obra en cuestión, pretende seguir fielmente al Evangelio trastocando al pueblo mártir de las Escrituras, el judío, en el indígena. Los nuevos egipcios, los españoles, esclavizan, matan, roban, humillan y oprimen a un pueblo que Dios mira a través de la letra sagrada. Es el Rey, con su autoridad suprema, el encargado de hacer que la palabra santa se cumpla, y para eso Guamán Poma le envía un pormenorizado relato de la situación de la colonia. Sabe que el nuevo Inca jamás se va a acercar a éstas sus tierras andinas, pero para eso tiene a buenos clérigos y misioneros que, imbuidos del discurso lascasiano, pueden ser los valedores del mensaje evangélico. La pobreza y la explotación contradicen la palabra del Dios traído por los mismos explotadores; éstos están pecando prácticamente contra ellos mismos y su ceguera debe ser remediada por el Rey. Que se vuelva a los tiempos del Inca, cuya administración permitía que nadie pasara hambre; como tampoco que cundiera entre el pueblo la degeneración moral que le azota por culpa del alcohol. El pillaje y las violaciones, eran lacras que no se permitían en tiempos del Inca y se reprimían con la mayor dureza. El Evangelio condena todo esto como también el ser pobre, el carecer de lo más elemental. La palabra divina no sólo libera al espíritu sino que alivia al hombre del cuerpo.

La obra de García Castellón, profesor de literatura en New Orleans, es un excelente estudio de algo que es más que un curioso, exótico, documento histórico. *La Nueva Corónica...* está en los albores de la cultura tanto literaria como política hispanoamericana, justo en el momento en que está forjándose la nueva realidad.

España y América en sus literaturas. Edición de Mª Ángeles Encinar. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid. 1995.

La profunda intercalación de literaturas entre ambas orillas del Atlántico o a través de los siglos es bosquejada en este estudio que modera Ángeles Encinar. Sería tal vez imposible y ocuparía muchísimos volúmenes el presentar paso a paso lo que en verdad sería dicha intercalación que sugiere el título. No obstante, el simposio celebrado por la Universidad de Saint Louis, es loable, pues trata de ser lo más ecléctico posible, abarcando temáticas no contradictorias pero sí de distinta sensibilidad, dependiendo del momento y de la historia.

Así, el resurgir de una hispanofilia en los escritores del final del siglo XIX, coincidiendo con el desastre del 98, es patente en las obras de autores como Rubén Darío. El nicaragüense es el máximo exponente de esta tendencia

o, mejor, sentimiento, llevado a alturas literarias y a veces políticas. Igual que en otros como los argentinos Manuel Ugarte, Manuel Gálvez o Ricardo Rojas, los ecuatorianos Gonzalo Zaldumbide y Fernando Chávez, el boliviano Alcides Arguedas, los peruanos José Santos Chocano y José de la Riva Agüero, los mexicanos Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes o el colombiano Eduardo Caballero Calderón. Éste último, más cercano a nuestros días, pero todos comprometidos en recuperar una Hispanidad que se les iba de las manos ante el avance del imperialismo anglosajón y la pérdida de valores morales.

En un ángulo no inverso, pero sí teñido de las vicisitudes que influyen de manera distinta, estarían la literatura y el teatro de autores españoles ante el fenómeno de la España posfranquista y en ella, el de la inmigración latinoamericana. Firmas como Sanchis Sinisterra, Albert Boadella, José Luis Gómez, Lluís Pascual, Alberto Miralles, no sólo traen a colación la temática actual, a veces de forma demasiado tangencial, sino que se remontan el pasado conquistador español. De él, en un viaje de ida y vuelta con la actualidad, extraen el material con el que tratan de purgar una supuesta mala conciencia española por los hechos acaecidos hace 500 años. Una especie de autocrítica que ha rendido pingües beneficios, y no sólo teatrales.

Ya en ámbitos del postmodernismo, es toda una pléyade de mujeres la que trae a la literatura temas como el desarraigo y el encuentro teñido de incomprensión entre España y América: son las dificultades de los hispanoamericanos en estas últimas décadas para vivir decentemente y, tal vez, construirse un futuro brillante. Rosa Montero, Soledad Puértolas, Esther Tusquets y Beatriz Poettecher en una novelística brillante, han tocado con manos realistas lacerantes verdades, tangibles con sólo asomarse a la calle.

Otra vez Eros. Cristina Peri Rossi. Editorial Lumen. Barcelona. 1995.

La poética que ya se advierte en las entregas en prosa de Peri Rossi, aparece en este volumen desnuda, desgranada, independiente de las ataduras a que se somete la narración. Es un grito en silencio, de un desgarro tenue pero agudo que llega al espíritu como una pequeña llama de gas, como la cortante pero certera incisión del bisturí. El compromiso con el erotismo se revela de la mano de la denuncia, de la queja existencialista en general, sin poner a nadie ni a nada en el banquillo. Peri Rossi no le echa la culpa a ningún ente concreto de las miserias que azotan al ser humano y, sobre todo, a la mujer y, más aún, a la lesbiana. No es el mismo canto de Safo desde su privilegio de Lesbos, en esa Gracia más que clásica o mítica, ideal. El homosexualismo de hombres y mujeres en la Magna Grecia, era un asunto tan normal como el amor heterosexual, y tal vez hoy lo seguiría siendo si Alejandro hubiera consolidado su Imperio y extendido hacia Occidente. La moral (?) judeocristiana marginó un sentimiento tan humano como los demás.

Peri Rossi trabaja un verso cómodo para el lector, pues si en la mayor parte de un poema los cortos renglones se presentan como si fueran eso, breves agrupaciones de palabras que pudieran estar en prosa, de pronto, mágicamente, estalla el timbre artístico. Borges decía que bastaba sólo un toque poético en una composición para teñirla toda de poesía. Es así como en este libro la magia surge tímida pero gloriosamente de su escondite.

En «Filosofía» Peri Rossi da una de cal y otra de arena, cambiando amablemente cosas como... *Ante la caída internacional del comunismo / el desmoronamiento brusco de tu falda.* Pero en «Final» es contundente y dura al afirmar que... *Ya no hay amores insensatos / sino aburridos acoplamientos programados.* Aunque sutilmente propone en «Distancia justa» que... *En el amor y en el boxeo / todo es cuestión de distancia.*

En general, la poética de Peri Rossi es un tira y afloja armonioso, insinuante y fatal, como tiene que ser toda entrega artística. En otros tiempos, una poetista lesbiana sería una maldita; hoy, gracias a Dios, la podemos bendecir.

Festejo: 80 años de Octavio Paz. Presentación de Víctor Manuel Mendiola. Editorial El Tucán de Virginia. México 1994.

Un excelente regalo de cumpleaños ha querido hacer Víctor Manuel Mendiola a Octavio Paz en esta recopila-

ción de ensayos sobre su obra. Los ochenta años del maestro mexicano son celebrados de manera armoniosa, pues cada rincón de su obra es analizado con rigor científico pero sin abandono de lo afectivo.

Así, en relación estrecha entre la obra de Paz y la de Quevedo y Picasso en *Homenaje y Profanaciones*, Manuel Ulacia trata de la conciliación que ya está implícita en el título. De la misma manera como Picasso profana pero familiariza con la realidad actual *Las Meninas* de Velázquez, hasta distribuirlas en 39 telas, Paz parte de poemas de Quevedo para valorar el mundo, el amor y la muerte desde una perspectiva que podríamos llamar barroco actual. No es una vuelta a movimientos pasados, pero sí la confirmación de que el arte es uno por mucho que pasen los tiempos; que la impronta de una tendencia logra instalarse en la memoria artística de forma indeleble para ser con las demás un todo único, eterno en lo expresivo.

De cómo se forjarían obras como *Las peras del olmo* y *El arco y la lira* da cuenta Anthony Stanton. Pero lo más interesante en esta entrega es la correspondencia que Paz mantuvo con Alfonso Reyes cuando el primero era un joven diplomático en la India y Japón. *El arco y...*, que empezaría en Córcega y donde siente la «nostalgia de lo griego» que se consolidaría en la India, impresiona a Reyes, a la sazón presidente del Colegio de México, quien otorga una subvención para la elaboración del libro. El fenómeno poético es analizado en toda su magnitud: poema y poesía, poema y lenguaje, ritmo y metro, imagen, acentuación, experiencia poética, las relaciones entre la poesía y la sociedad, el teatro, la épica y la religión.

El Paz surrealista, el comprometido con España y su cultura, el analista atento y nada esperpéntico del México prehispánico, el influido por Eliot y, en general, el Paz universal y sabio que aún piensa y sueña, está fielmente retratado en este *Festejo*. Regalo no sólo para el homenajeado.

Cuento chicano del siglo XX. Presentación de Ricardo Aguilar. Ediciones Coayacán. México. 1995.

Un verdadero tesoro de la lengua castellana y de la historia del pasado español, y presente hispanoamericano, lo representa el pueblo chicano. Encerrado principalmente en el estado de Nuevo México, resiste como puede, y también como quiere, al imperable avance de la cultura anglosajona. Muy poco podría exigírsele a una población de estas características desde 1848. Al no ser oficial el idioma, la lucha es verdaderamente heroica y haría palidecer de vergüenza a los que en un país como España dejan perder la suya autóctona buscando culpabilidades pretéritas.

A lo largo de 25 cuentos, una serie de autores desgrana historias que cumplen con todas las reglas de la narración en corto: brevedad y contundencia, tal y como Hemingway decía que debía ser el cuento. Son temas escritos ora en castellano, ora en inglés y los autores son licenciados en filología, tanto hispánica como inglesa. Denotan lo que podríamos llamar problemática del desarraigo crónico, tradicional, casi genético. Por sus líneas transitan personajes que no saben si sentirse «gringos» o mexicanos, procurando encontrar un rincón psicológico donde alojar una chicaneidad productiva. Al no tener una plasmación directa en lo político, pues que se sepa no existe ningún partido o movimiento con representación parlamentaria, lo sociocultural se refleja en la literatura, el teatro y, en bastante medida, en el cine.

Tal es así en un cuento como «El velorio», en el cual los personajes mezclan creencias paganas con el culto católico y marginan a la autoridad establecida, como el cura y las leyes, para refugiarse en lo intuitivo y seráficamente aceptado. El sincretismo entre lo español e indio es perfecto, además de lo anglosajón que viene a modular por fuera la existencia de otra cultura basada en los tres elementos. Rudolfo Anaya es su autor y además de narrador en prosa es dramaturgo y guionista de televisión.

Cuento cercano al realismo mágico garciamarquiano es «El niño que se comió a sí mismo», en la que un niño hace exactamente lo enunciado en el título. Sus heridas no se infectan pues producen un antiséptico que es objeto de estudio de renombrados especialistas. Ronald Francis Arias añade una chusca sorpresa al final: en el sanatorio donde la madre ha internado al hijo autoantropófago, en vista del fenómeno, no le cobran la cuenta.

Fausto Avendaño añade a la antología una narración con profundo acento rulfiano. El desierto, la soledad del espacio sideral y los seres que lo pueblan, como fantasmas de otro mundo, se disfrazan de humanos con su piel, sufrimiento, alegrías, amores, esperanzas. En «El forastero», una mujer, de claro origen mexicano, es obligada a casarse con un hombre mucho mayor. Sus amigas la envidian pues, al vivir al otro lado, lo hará como una reina. Pero el reino es el desierto y el palacio, un rancho como los de ciertas películas de mexicanas. El marido vive para el trabajo del campo y ella para las labores de la casa. Al lado, un vecino viejo que por los menos le cuenta historias divertidas. Un día viene un hombre joven y guapo que la seduce y le ofrece huir con él. Pero cuando se va a producir la fuga, el marido no va a trabajar y la protagonista, en un acceso de rabia, conjura al demonio. El viejo vecino le dice que eso no se hace, pero aprieta y besa a la pasmada mujer que ya parecía haberse olvidado del rato de amor del día anterior. El viejo se lo recuerda y ya no le recrimina por invocar al demonio.

Charles Atlas también muere. Sergio Ramírez. Mondadori. Barcelona. 1995.

Cultivar el mito hasta crecer a su imagen y semejanza es el tema de la narración que da nombre a todo el ejercicio. Ocho cuentos en los que Sergio Ramírez recrea y desparrama un ritmo cálido en el que el costumbrismo como género sería el común denominador. Charles Atlas fue, o es, un héroe de la musculatura en décadas pasadas cuando aún el culturismo no se había puesto de moda. Pero lo más revolucionario de su método —revolución precoz— era que no se necesitaban aparatos gimnásticos y sí una combinación de cuerpo y cerebro. Se llamaba Tensión Dinámica y al cursillo por correspondencia se apunta un joven nicaragüense, cuyo sueño es conocer a Charles Atlas en persona. Lo logra, pero a quien ve no es a un héroe de la cultura física sino a un anciano de más de cien años que muere en su presencia.

En «El centerfielder» está patente la patética realidad de las dictaduras (y algunas pseudodemocracias) latinoamericanas. El padre de un guerrillero es asesinado de la misma manera como imagina que huiría de la prisión utilizando una buena jugada en un partido de béisbol. Es un antiguo jugador y cayó en desgracia por las actividades de su hijo. En un interrogatorio en el que el director de la prisión quiere saber más de lo que existe, se decide la muerte del preso por medio de la tristemente famosa ley de fugas. En el parte del suceso se dirá que escapó mientras jugaba en el patio de la cárcel.

«A Jackie, con nuestro corazón» es el relato y pintura fiel de la llamada «buena sociedad» de Nicaragua. A ella pertenecen las capas privilegiadas y los extranjeros, norteamericanos por supuesto, que han venido como asesores militares o directivos de las diversas multinacionales que saquean el país. La sede social es el «Virginian Country Club» y se prepara un recibimiento a Jackeline Kennedy cuando ya era viuda del presidente y mujer de Onassis. No saben qué inventar hasta que el protagonista del relato tiene la brillante idea de comprar el *Queen Elizabeth* para recibir a la ilustre visitante. Quince pisos, diez piscinas, doce teatros y cines, y demás establecimientos y maravillas de la ciudad flotante, colman la ilusión de la «gente bien» de Managua que se empeña hasta el alma para comprarlo. Se hacen a la mar, más o menos como en la berlanguiana *Bienvenido Mr. Marshall*, con la diferencia de que el yate de la señora Onassis no aparece nunca y el lujoso trasatlántico se queda navegando frente a las costas nicaragüenses de por vida.

Sergio Ramírez conjuga sabiamente la ternura y el humor, el sarcasmo y la verdad desnuda, la pobreza, la arrogancia, el heroísmo, sin concesiones a una hipotética galería que quisiera ver en su literatura al fustigador de opresiones y/o imperialismos. No hay rencor ni ánimo de venganza en sus letras cuando podría haberlos. Sólo se advierte al escritor y acaso, muy agazapado, al político.

Teatro español e iberoamericano en Madrid. 1962-1991. Juan Mollá. Society of Spanish-American Studies. Colorado. Estados Unidos. 1994.

El poeta y ensayista Juan Mollá, colaborador por más de treinta años de la revista *El ciervo*, ofrece una larga

y utilísima serie de escritos sobre el teatro. En cada uno de ellos resalta no sólo el crítico avezado sino el espectador amante de un género que está permanentemente en la UVI. El teatro en España mantiene las constantes vitales, esperando el beso mágico que le saque del coma. No obstante, y de forma milagrosa, se sigue representando en las vetustas tablas y en otras más jóvenes con intermitencias que no son jamás el golpe definitivo y mortal.

Juan Mollá ha sido un fiel de este arte desde siempre y reúne 140 comentarios que abarcan todos los géneros y autores. También, formas de montar obras como las hechas por compañías de prestigio o grupos de teatro experimental y todos tratados con idéntico rasero por la pluma objetiva y didáctica de Mollá. No se empecina en la crítica desmenuzadora de una puesta en escena en concreto, sino que establece toda una relación entre este hecho y otros que son de igual importancia para el interesado en teatro. Como los nexos existentes entre todas las obras del autor, de los elementos que le preocupan y de los temas que pueden subyacer debajo de la representación.

La pléyade de autores va desde los mismísimos clásicos del Siglo de Oro hasta lo más vanguardista, pasando por los clásicos modernos, a saber, García Lorca, Valle Inclán, Mihura. Se plantea, en un estudio al final del volumen, si existen o no autores de teatro en la actualidad. La pregunta es oportunísima, pues debido a la enfermedad crónica del teatro, los autores, o aspirantes a, suelen automarginarse de su trabajo y encontrar acomodo en la adaptación. Prefieren eso que someterse a que sus obras sean modificadas y/o destruidas por los adaptadores, directores de escena, productores y subvencionadores. Juan Mollá da en el clavo de una de las problemáticas de la escena actual, pues se dice mucho sobre la inexistencia de autores teatrales. Haberlos haylos y hasta buenos. Lo que ocurre es que ante la falta de espectadores —clientela— los de la infraestructura de turno prefieren ir a tiro hecho. Poner y reponer lo ya puesto y repuesto no desde hace años, sino siglos.

Miguel Manrique

Poesía sobre la poesía (En la literatura argentina contemporánea). Federico Peltzer, Buenos Aires: Botella al Mar, 1994, 153 págs.

Novelista reconocido (recordemos *Tierra de nadie,* 1955, y *La vuelta de la esquina,* 1985), cuentista y narrador psicológico de rara intensidad en el tema amoroso *(El mar que tanto sabe de las piedras,* 1993), Peltzer ha publicado libros de poemas y uno de ensayo. Este volumen toca un tema poco frecuente: la poesía dedicada al examen, análisis, crítica, condena y aprecio, del tema poético mismo. Siempre debe recordarse acerca de este asunto el examen agudísimo y certero que Anderson Imbert realizó de un poema de Darío: «Yo persigo una forma» (en *La originalidad de Rubén Darío).*

En la Introducción, el autor esboza el desarrollo histórico de la poesía lírica y señala que la poesía moderna posee cuatro fundadores: Rimbaud, Baudelaire, Poe y Mallarmé, los cuales apuntaron a impulsar una concepción de la lírica vista no sólo como un género literario sino como «Otra dimensión del lenguaje, del ser, del crear».

Peltzer realiza un análisis —a veces muy acertado— de numerosos poemas de varios autores. En los versos de Borges la poesía y el arte «son reveladores y eternos»; en Girri, a partir de la duda, se entabla una empeñosa búsqueda de la certeza; en Amelia Biagioni, el abandono y la intemperie fundan toda una concepción trágica de la poesía; para J.B. Zalazar poesía es transparencia, una de las razones más altas que puede alcanzar el espíritu humano.

La «palabra poética» es el segundo aspecto que Peltzer estudia en Olga Orozco, donde desemboca en un desengaño; Rodolfo Godino es a la vez dominado por la magia de la palabra, y tiene conciencia de su aspecto engañador; para Roberto Juarroz, la palabra está al servicio del mundo y su función esencial es «crear presencia».

Peltzer comenta después poemas sobre el poeta y los poemas. En María Elena Walsh encuentra «la sensación de que poesía y poeta son una misma cosa»; para Cristina Piña el poeta dirige un combate signado por la pasión y la muerte. García Saraví canta victoriosamente que «la victoria del poema consiste en reflejar el gran fracaso frente a todo lo inalcanzable»; Alejandra Pizar-

nik el poema la lleva a una experiencia metafísica y autodestructiva que la vuelve sombra y fantasma. A Alfredo Veiravé, en cambio, la poesía le permite entrever «la Melodía Esencial»: la poesía es entrevisión de lo divino y lo eterno. Con humildad de certero lector de poesía, Peltzer termina señalando en su conclusión que la paráfrasis nos permite acercarnos a «uno de los posibles significados de la poesía», y uno de los probables resultados de una lectura.

La segunda parte del libro, después de esta medida y justa introducción, está constituida por una extensa antología de poemas de los autores analizados. Peltzer ha sabido reconocer, en cada poema, significados y tonos enriquecedores, y alcanza a leer muchos de ellos con sabia mesura crítica.

Diez Estudios Cambacerianos acompañados de una bio-bibliografía. Claude Cymerman. Publications de l' Université de Rouen, nº 187, 1994. 167 págs.

Para quienes estudiamos la narrativa sudamericana de fines del siglo XIX, Claude Cymerman no necesita presentación: es quien más pasos adelante ha dado en los últimos treinta años en la investigación histórico-crítica sobre Eugenio Cambaceres (1843-1889), fundador, iniciador y adelantado del naturalismo en Hispanoamérica y uno de los pocos novelistas del período sobre el cual la investigación crítica crece año a año en varios continentes.

Encabezada por un elogioso prólogo de Paul Verdevoye, la obra se abre con una exacta biografía del escritor rioplatense, y los siguientes estudios, muchos ya publicados antes por su autor en revistas de muy difícil acceso, y todos corregidos, aumentados y con numerosos datos: «E.C. por él mismo», cinco cartas inéditas que publicadas por Cymerman en una edición casi particular, merecían su reedición porque dan un costado íntimo de este difícil autor; «Cinco claves para cinco personajes», que sitúan políticamente a Cambaceres y a su entorno social y político, aclarando multitud de datos históricos en torno a Carlos D'Amico, Juan C. Gómez, Bernardo de Irigoyen, Bartolomé Mitre y Carlos Tejedor.

«Eugenio Cambaceres, novelista y crítico», que examina el doble aspecto de este autor, consciente de su tarea creadora y crítico de la literatura de su época y de su propia obra, examinada con singular alacridad; «Las imágenes zoomorfas y sexuales en la obra de E. Cambaceres», excelente y aguda investigación que echa inesperada luz sobre todo un aspecto de la obra cambaceriana; «Eugenio Cambaceres y España», que permite tener una clara idea de la visión negativa que este novelista manejaba de la península ibérica. En probablemente el más rico de los estudios, «Imagen clínica e imagen poética: de las láminas de Rorschach a la imaginaria de C.», Cymerman enfoca las reiteradas imágenes cambacerianas como un autorretrato de su autor y como una muestra de su visión del mundo, analizada a partir del conocido test psicológico que permite establecer una clara identidad entre los resultados del test y el examen directo de los textos narrativos a través de las imágenes poéticas. Un camino abierto que podría confirmarse con la biografía de este autor.

El penúltimo trabajo: «La acogida del naturalismo en la Argentina» recoge un rico material erudito e histórico que daría pie para un libro sobre un asunto todavía necesitado de mayores estudios directos. Cymerman apunta una suma de materiales utilísimos para trabajos futuros. Por fin: «Cinco fuentes francesas de *Potpourri* y *Música Sentimental*» investiga las lecturas, referencias y similitudes argumentales entre Paul de Kock, Gautier, Daudet y Dumas, autores que Cambaceres debió leer en su tiempo.

Remata este libro que marca una época en nuestras investigaciones de Cambaceres, una extensa y casi completa bibliografía de más de cien ítems dividida en obras del autor, libros sobre Cambaceres, artículos críticos. Un libro esencial y una investigación rigurosa que abre multitud de perspectivas críticas.

Sin Rumbo. Eugenio Cambaceres. Estudio preliminar y edición crítica de Rita Gnutzmann. Bilbao: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. 1993. 172 pp.

Hace muchos años que los estudiosos de este complejo autor esperábamos que alguien cumpliera el arduo

trabajo de una edición crítica de una de sus obras; por eso este intento merece nuestro más cálido aplauso. La edición está precedida de un amplio estudio que sitúa la ya famosa (y escandalosa) novela de 1885 y destaca su problemática. Gnutzmann describe el país en el que apareció la novela, recoge los materiales conocidos sobre la vida de Cambaceres (acerca de cuya existencia tanto queda por estudiar y revisar), muestra cuáles fueron las relaciones del escritor con los otros integrantes de la llamada generación del 80, y esboza una «Introducción» al naturalismo. La segunda parte del prólogo está dedicada exclusivamente a la novela misma: temática, estructura, personajes, narrador y punto de vista, lenguaje y estilo, y cuatro densas páginas se dedican al naturalismo y la modernidad de *Sin Rumbo*. Finalmente, la catedrática de Bilbao presenta su edición y remata esta parte con una bibliografía.

El estudio preliminar de Gnutzmann posee cualidades muy particulares. Por una parte sintetiza y analiza con ecuanimidad, la crítica anterior a su edición. En ese sentido su estudio es una «puesta al día» bastante bien informada de los estudios previos (aunque faltan en su bibliografía numerosos trabajos —algunos importantes: Angell, Coddou, Catalá, Cromberg, Cymerman, Franciulli, Lichtblau, Pollman, Ramírez, etc.— remito a la extensa lista de artículos y libros mencionados por Cymerman en su reciente volumen, *Diez Estudios Cambacerianos* (1994). Por otra, el prólogo está cargado de una muy específica calidad polémica que debe ser elogiada, porque mientras la estudiosa hace una suma de observaciones —casi siempre acertadas— sobre multitud de asuntos que deberán ser reestudiados con la documentación a mano, discute constantemente todo lo que se ha escrito en torno a esta novela y a la obra cambaceriana. Aquí es bueno señalar que la crítica tiene razón al reexaminar —desde perspectivas distintas y a veces renovadoras— muchos aspectos de la obra de este escritor polémico y tan distinto a la mayoría de los autores de su época. Y, en muchos casos, con un valor elogiable, objeta las ideas recibidas y repetidas con respecto a numerosas facetas de su obra y de las ideas que condicionaron esa obra. Por ejemplo, pone en duda la tan mentada veta naturalista del escritor y reclama un reexamen de su ideología y de la forma en que dicha ideología se expresa en la novela. De cualquier manera, hay en el prólogo observaciones críticas que merecen recordarse. La primera es la que debe rechazarse la creencia —tan común— sobre la homogeneidad de la generación del 80. Es evidente que tanto Wilde como el mismo Cambaceres mostraron un absoluto rechazo —o por lo menos una marcada desconfianza— frente a los posibles aspectos positivos del «progreso» (14); tiene razón Gnutzmann cuando duda de las fechas aceptadas de la biografía del novelista, cosa que la experiencia de los últimos treinta años ha demostrado (11 y 13); lo mismo —y aquí coincidimos otra vez con esta excelente crítica— merecería un largo y detallado estudio ver cómo, qué y cuándo acepta Cambaceres las ideas, los modelos y la retórica naturalistas, y cuáles rechaza (18-20 y otros lugares, en los que propone nuevas investigaciones sobre el asunto, tan poco analizado a fondo).

Todos estos aciertos y otros muchos que hacen de la Introducción un buen instrumento crítico, no nos impiden, sin embargo, considerar muy discutible una afirmación como ésta: «habrá que reconocer en Andrés un precursor del hombre atormentado arltiano» (26 y 32, referido al lenguaje), que apunta a establecer una relación difícilmente probable. Las diferencias de época, personalidad, nivel social, actitud ante el mundo, hacen aventurada la identificación de dos autores absolutamente heterogéneos y hasta opuestos.

El otro aspecto que debe destacarse es el del texto elegido. La editora indica al final de su estudio: «Esta edición toma como base la última publicada en vida del autor por la editorial Félix Lajouane. Y aquí comienza el problema: ¿se trata de la tercera o de la cuarta edición de la novela por parte de la misma editorial? He podido encontrar la primera, segunda y cuarta edición, pero ha sido imposible hallar la tercera...», (38). La edición se ajusta —siempre según la editora— a la cuarta de 1885, la última aparecida en vida del autor, y la crítica promete que editará en una revista especializada un examen textual de las diferencias entre las mismas. El texto lleva unas pocas notas explicativas que aclaran solamente aquellos términos que difieren del español peninsular.

Tal vez razones editoriales (el volumen habría alcanzado un número dilatado de páginas) ha llevado a pos-

tergar las notas textuales, que habrían permitido ver cuál fueron las correcciones y cambios que el autor hizo en las diferentes ediciones (si es que esto ocurrió, cosa sobre la cual lo ignoro todo...). Pero una edición crítica —como esta se autodenomina— debe poner ante el lector los materiales que justifican y explican los cambios entre las ediciones anteriores y que permiten ver cómo se ha llegado al texto publicado. De cualquier manera, esta versión de *Sin Rumbo* da un paso adelante en un campo en el cual resta mucho por hacer. Y por ello merece nuestros elogios más sinceros.

Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina. Desde 1801 hasta 1854, Paul Verdevoye, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994, 541 págs.

Esta es la tesis de grado de su autor, catedrático de la Sorbona y conocido investigador y crítico tanto de la literatura hispanoamericana como de aspectos de la lexicología y la narrativa continental (recordemos sus estudios sobre la novela hispanoamericana, su *Diccionario Francés-Español,* y su *Diccionario del Español Argentino,* entre otras obras escritas en colaboración). Se trata de una muy valiosa suma de textos costumbristas colectados en la prensa argentina del período señalado, a los cuales su autor ha ordenado y prologado con numerosas observaciones valiosísimas que hacen de este grueso volumen un inestimable venero para investigaciones futuras.

La obra se abre con una eficaz y medida definición de qué ha sido el *costumbrismo* y sus direcciones y épocas. El autor ha leído todo, tanto lo aparecido en España (desde Mesonero Romanos hasta Montesinos, Correa Calderón, etc. etc.), como lo escrito en América sobre este asunto vasto y complejo. En numerosos pasajes de la obra se dan pasos sustanciales en la iluminación de temas siempre importantes: estudio de la influencia y presencia de Larra en el Río de la Plata, págs. 13-18, otros costumbristas anteriores, y hasta llegar a demostrar la existencia de un autor que durante el período 1834-37 publicó abundantemente en Chile y Argentina utilizando el pseudónimo Fígaro, que nada tenía que ver con el autor español, págs. 20 y ssgs. Además de la presencia española, Verdevoye señala la influencia de los ingleses Addison y Steele (estudiados ya en 1983 por G. Marún, en *Orígenes del costumbrismo ético-social).* Para que se tenga una idea de la multitud de cosas nuevas que trae este libro, baste indicar que el autor prueba que la oposición *civilización/barbarie,* que Sarmiento hará famosa en el *Facundo* de 1845, ya es una constante de la prensa de los años 1820..., págs. 458-460. Y lo mismo con el feminismo, la insistencia en tratar una temática nacional, la crítica a costumbres hispánicas como el toreo, la aceptación y empleo de las ideas galicadas, el lenguaje rioplatense y sus características más destacadas, el rechazo de la intolerancia religiosa, etc.

Lo más valioso de este libro lleno de informaciones utilísimas para quienes se interesen en las costumbres, valores, tendencias, ideologías e influencias que sufrió el Río de la Plata en la primera mitad del siglo XIX, es que el estudioso francés ha ordenado una enorme suma de textos periodísticos por temas, lo que será ayuda inestimable para investigadores futuros. Así se incluyen y ordenan textos sobre: Curiosidad por las costumbres extranjeras, Función y utilidad de los periódicos, Educación, Libertad, moral y civismo, Teatro y educación, Caracteres (uno de los más interesantes y entretenidos), Revista social argentina (crítica a los habitantes, fiestas, modas, costumbres de la época), Religión y sociedad, Condición de la mujer.

Imposible aquí detenerse en ninguno de estos extensos apartadfos (el de lo social abarca más de 150 páginas), pero señalemos que este rico y erudito volumen será en el futuro uno de los pocos estudios detenidos del costumbrismo en una zona de la América Hispánica.

Debe señalarse además, como muestra de la mesurada mirada crítica de su autor, que Verdevoye, en contra de cierta superficial condena de todo lo español y una exagerada valoración de toda actitud antitradicional como solamente americanista, pone las cosas en su lugar e indica que muchas de estas críticas a las costumbres repetían observaciones hechas por escritores peninsulares: «En muchos casos... no es posible distinguir si el autor de tal o cual artículo es americano o español... algunos asuntos tratados en la prensa argentina... ya fueron expuestos por ensayistas peninsulares del siglo XVIII», p. 455.

Los que hemos realizado investigaciones en periódicos hispanoamericanos de la época indicada, conocemos muy bien las enormes dificultades e incomodidades que implica atreverse a hacer un estudio sistemático de cientos de estos olvidados testimonios (muchos ya casi en estado de completa destrucción, como indica el estudioso), así como las restricciones horarias, físicas y hasta de censura, que impiden su consulta en muchas partes... Por todo ello es elogiable esta obra llena de datos e iluminada cada tanto con el encuentro erudito de textos y documentos que amplían nuestros conocimientos sobre áreas todavía desconocidas de ese enorme campo de estudios que es Hispanoamérica.

Rodolfo A. Borello

Sucesos argentinos. Vicente Battista. Planeta. Buenos Aires, 1995, 237 páginas.

De tanto caminar, desde sus albores, sobre el filo que separa (que une) la ficción y la historia, la narrativa argentina ha creado casi un subgénero: el de la novela híbrida, extenso acopio de materiales donde es muy difícil (cuando no inútil) distinguir los hechos reales de los supuestos. Allí están *Santa Evita,* y antes *La ciudad ausente,* y antes Rivera, Orgambide, Costantini, Viñas, para, retrocediendo, llegar hasta *Facundo* y *El matadero.*

Ahora, esa rica y variada tradición da «otra vuelta de tuerca» con este ejercicio, en los límites del falso policial político, de Vicente Battista. Y la alusión al relato de Henry James no es gratuita: como en él, en esta novela no sabemos al final qué realidad se nos ha contado, en qué infierno estuvimos inmersos, cuáles fueron sus bordes. Pero nos queda una gran certeza: la de haber vivido, palpado, gustado, la hechura de una poderosa narración.

Un argentino que desde hace muchos años vive en España, y que se dedica a la intermediación en negocios oscuros, es contratado por una empresa ibérica para una misión en nuestro país, en pleno período de la dictadura militar. Debe obtener para los españoles el contrato de construcción de las célebres autopistas que se impusieron en la época.

Su retorno a la Argentina le permite observar y vivir la violencia de entonces, la persecución, el miedo, los sueños y los delirios revolucionarios, los desmanes represivos, la capa de plomo que pesa por esos años sobre nuestra sociedad. Él, sin indiferencia aunque sin titubeos, prosigue consecuentemente su tarea: teje y desteje alianzas con grupos empresariales y militares, afina proyectos, consulta a sus mandantes y a sus socios locales. Éstos saben que el protagonista en cuestión se envuelve en un romance con una muchacha muy comprometida con la guerrilla, pero dejan hacer. A la postre, será una carta más que manejarán cuando llegue el momento de efectuar las verdaderas cuentas.

El «delegado» se tienta pero no se complica: cuando algunos de sus próximos caen asesinados, advierte que la cautela es necesaria, que está en una selva de monstruos y que, si su lucidez no lo rescata, difícilmente escapará de esta trampa. Sin embargo, la trama concluye de modos inesperados para una lectura previsible y corriente.

La intriga de *S. A.* (como por casualidad, las siglas del título coinciden con las de un código de comercio) se construye sobre un fondo de espanto, y los avatares del cínico protagonista (a quien ya habíamos descubierto en la novela anterior de Battista: *Siroco)* parecen encajar plenamente en la atmósfera de heladas transacciones hechas en medio de las atrocidades.

La prosa no es menos seca y cortante que un bisturí, y la escritura organiza, sin caídas ni languideces, esta historia de los 70 cuya perfecta ubicación cronológica y argentina no la priva de aludir en nuestra conciencia a dimensiones témporo-espaciales mucho más vastas.

Este «delegado» que no tiene voluntad propia ni nombre propio, este anónimo representante de intereses no menos anónimos, fríos y despiadados, es una suerte de héroe postmoderno, sin programa, sin escrúpulos, sin ilusiones. Cuando al cabo se va, lo hace como había venido: casi sin saber para qué.

Pero, justamente, la maestría del relato reside allí: «un personaje que finge vivir» (como quería Macedonio Fernández) cumple impecablemente su papel, y no es más

que eso. Este protagonista permite que atraviesen por su pura función los hilos de tramas diversas con las que se teje la historia que al cabo leemos. Un texto que revela, con los atributos de la literatura, parcelas de nuestro pasado que ningún otro discurso podría abarcar.

Mario Goloboff

Algo oscuro en tu caída. Diego Kovadloff. Grupo Editor Latinoamericano. 1995, 52 páginas.

Algo oscuro en tu caída es el primer libro (por añadidura, de poesía) de Diego Kovadloff (argentino, nacido en 1968 y residente en Londres); el contenido desmiente todo lo que supone —y resulta disculpable, por ser supuesto— un acto inaugural: torpezas, vacilaciones, el eco del eco de otras voces. Hay algunos tópicos a lo largo del volumen cuya reiteración los torna obsesivos, pero bien vale la pena registrarlos en una primera aproximación crítica.

«¿Dónde están los ángeles del cuadro?» privilegia el fragmento (o, para decirlo de otra manera, la erguida autonomía y limpieza de la línea: pintura o poesía, trazo cromático o palabra acuñada) frente a la totalidad; hay aquí, además de una elección, un gesto estético, un postulado, la fundación de la inefabilidad (¿qué escritor genuino no funda la inefabilidad cada vez que escribe?). «Sombra de Fulvia» es un poema íntimamente ligado a «¿Dónde están los ángeles...?»: «Sólo son aquellos momentos: los que cortan»: nuevamente, pues, se verifica el corte (segar la hierba hasta que quede una brizna), la mirada de sesgo (por temor a que el fulgor enceguezca, por amor a la parte frente al todo).

Pero Kovadloff no privilegia el jirón, el retazo, el rescoldo que sobrevive a la destrucción, sino algo más sutil y, sin duda, más difícil de plasmar: la totalidad encerrada en una esquirla de percepción.

En este sentido, no resulta causal que un poema se titule «Bordes» y otro «Tangentes» sobre esos delgados desfiladeros hace equilibrio el discurso de este libro. En «Tangentes» se nos estigmatiza «hundidos en lo posible»: contra ese posibilismo se alza la palabra poética; contra esa inercia de la costumbre, el estallido lírico.

En «Diurno» se propone uno de los interrogantes más fecundos del libro: «¿Habrá palabra posible para un día como éste?» Retoma el tema de la inefabilidad, pero esta vez expuesto en toda su angustia, en toda su dramaticidad. Resulta evidente que no hay palabra posible «para un día como éste», pero no es menos obvio que no sólo se escribe contra el posibilismo sino a favor de la imposibilidad: se busca la palabra porque no hay palabra posible, la lacaniana naturaleza de la letra estriba en buscarla porque no se halla; Diego Kovadloff parece haber comprendido con hondura esta paradoja que trasciende el oxímoron.

«Túnel», uno de los mejores poemas del conjunto, atraviesa el plano chato de la pantalla del televisor y se propone como el restante cuerpo que la imagen hurta, se implica desde la singularidad en una muerte numerosa. En «Amanecer» se afirma: «Nada sabe más allá de su nombre», constatación insoslayable ya que precipita en la ignorancia primordial del poeta, *conditio sine qua non* para que se entregue a su tarea más alta: re-nombrar el mundo; ese es el gravoso destino que comienza a asumir la palabra de Diego Kovadloff.

«Hora del fuego» es el último poema de un libro que comienza con la interrogación individual y la pregunta por la identidad («Cotidiano») y se cierra con una exhortación dolorosa y colectiva, y una ratificación plural.

Osvaldo Gallone

Nueva Crónica y Buen Gobierno, Felipe Guamán Poma de Ayala. 3 tomos. Ed. y pról. de Franklin Pease G.Y. Vocabulario y traducciones por Jan Szemínski. F.C.E., México, 1993, 943 pp. (t. I-II) y 290 pp. (t. III).

Clásica entre las clásicas de los estudios peruanísticos, esta obra de alrededor del 1600 suele citarse por el manuscrito en su edición facsimilar de 1936. Sin

embargo, son indiscutibles las ventajas de una transcripción parcialmente modernizada como la presente, y además ésta no puede temer más competencia seria que la de la valiosa edición publicada por John Murra y Rolena Adorno (1980, revisada en 1987); las otras ediciones anteriores más o menos comparables son la del mismo Pease para la Biblioteca Ayacucho (1980) y la antigua del polaco-boliviano Posnanski (1944).

Como es de suponer en este tipo de obras, las reflexiones que han precedido la publicación se decantan en el profundo estudio introductorio, que Pease, modestamente, llama «prólogo». Pero la mayor novedad del libro es el tomo III, de Szemínski, que consta de las siguientes partes: una introducción de 6 págs. sobre los idiomas de Guamán Poma, 145 págs. de vocabulario de Guamán Poma en orden alfabético (con bibliografía y referencias completas a los lugares de aparición de cada vocablo en dicha obra), y 105 págs. de «textos andinos» (pasajes en los cuales Guamán Poma no emplea palabras aisladas en lenguas indígenas sino textos de extensión variable) con transcripción fonémica moderna y traducción castellana; finalmente, un índice de nombres propios castellanos y otro de topónimos y etnónimos ídem, siempre con indicación de los pasajes correspondientes.

Único defecto que encuentro en esta edición son los escasos e inevitables errores de lenguaje, generalmente de imprenta; indico los principales que trae la transcripción: 1) En «la mujer emperada» (125 del ms., línea 4 de esta ed., transcripción fiel del ms.) se pone entre paréntesis un signo de interrogación después del adjetivo, por no haberlo entendido; la solución está en la «rr» con que Guamán Poma escribe «emperrado» en otro texto (143: 8) cuyo significado es evidentemente idéntico al anterior, ya que en ambos casos se trata de personas «avarientas». 2) Se escribe «mándanos» (192: 22) por «mandamos». 3) Sobra el «yuyas carmi» (298).

Otros del t. III, igualmente ínfimos: 1) En «sora» falta la referencia a la «chicha de sora» de 1158 (idéntica a la «sura asua» de 18). 2) Sería bueno mejorar el castellano de las siguientes frases: «nos adornemos» (314, 1: por «adornémonos»); «Lo he pedido al Rey para que yo encuentre buena plata» (712, 1: «para encontrar...»); «os enterraré vivientes» (712, 2; 721, 2: casi perfecto en el «os enterraré vivo» del mismo Guamán Poma en 713: 7); «los con la nariz hendida» (781, por «los de nariz hendida»); «Piensa: ¿Cómo Dios murió a causa de los pecadores?» (936, por «piensa en cómo...»); «llevar adentro maíz y papas» (1150, por «llevar/entrar/guardar maíz»); «tierras destinadas para mantener a los pobres» (1162, 2: «destinadas a mantener» o «al mantenimiento de»). Por lo demás, no queda más que reiterar el alto valor de la edición, tanto en su transcripción como en el ingente trabajo lingüístico.

El agua en el México antiguo, Mónica Chávez. Salvat, México, 1994, 120 pp.

La autora ha tenido la elogiable idea de pasar revista a las antiguas culturas mexicanas (olmecas, mayas, zapotecas, aztecas, purépechas, pimas, pápagos y mareños) concentrándose en el tema de la importancia y uso que haya tenido el agua en cada caso y en todas sus formas, desde los rituales hasta la pesca. El lenguaje, muy lírico a veces, tiene un estilo accesible a todo tipo de lectores; lo mismo dígase del discreto uso de bibliografía, que sin embargo es siempre de la mejor obtenible en mesoamericanística. Sobre el lenguaje podría mencionarse asimismo el abuso del adjetivo «mágico» en una media docena de pasajes, por ej. al hablar de la «mágica estirpe» de los mayas (p. 34) y al llamar al Perú «la tierra mágica de los incas» (p. 114).

El tratamiento del tema como tal es inobjetable; la densidad irregular se debe a la diferente cantidad y calidad de fuentes disponibles sobre las culturas mencionadas. Las cuales, por otra parte, no son estudiadas solamente en sus formas arqueológicas sino también en sus prolongaciones de interés etnográfico. Pero no sólo las fuentes difieren de un caso a otro, sino que lo mismo hay que decir de la importancia del agua como tal, mayor en Tenochtitlán (por su propia estructura geográfica) que entre los zapotecas, y mayor entre los mayas de las tierras bajas (tan necesitados del agua de las fuentes subterráneas) que entre los de las tierras altas.

Digamos, para concluir, que la presentación de la obra es impecable, hasta lujosa, y cuenta con numerosas ilustraciones preponderantemente fotográficas que,

además de aumentar la belleza del volumen, movilizan muy efectivamente la imaginación del lector que aún no conozca las bellísimas regiones allí descritas.

Agustín Seguí

Rostros del nacionalismo en la música mexicana. Un ensayo de interpretación, Yolanda Moreno Rivas, UNAM, México, 1995, 255 pp.

El nacionalismo musical mexicano suele datarse a partir de 1921, o sea que corre paralelo a la formación de un arte revolucionario, cuya evidencia mayor es la pintura de los muralistas. Normalmente, se lo reduce a la adaptación o sublimación que los compositores hacen del material folclórico.

La autora de este ensayo propone una revisión de conceptos, señalando que la crítica se ha quedado anclada en las conclusiones del historiador Otto Mayer Serra en los años cuarenta. Para Moreno Rivas, el nacionalismo es el resultado de un proceso de siglos que conduce a la elaboración de un lenguaje musical mexicano, en el cual lo folclórico tiene un papel mínimo o anecdótico.

Para probar su tesis, recorre la obra de los músicos coloniales, los románticos, y señeras personalidades del siglo XX, como Manuel Ponce, Carlos Chávez, Silvestre Revueltas y un conjunto de epígonos y alumnos. Así muestra cómo los compositores mexicanos se incorporan a la modernidad musical de distinto cuño, desde Strawinsky hasta Hindemith, logrando en ese contexto universal una voz propia y un espacio para el desarrollo de sus personalidades, lo cual, en cierto modo, desdice el dogma nacionalista del arte mexicano como un universo cerrado y endogámico. No se trata, pues, de revivir las sepultadas culturas prehispánicas en un acto de mágica negación de la historia, sino, al contrario, de incorporarlas a la historia misma.

El material examinado es tanto de pasajes musicales concretos como de literatura producida, en plan teórico, por los músicos mismos, y la polémica consiguiente con las corrientes populistas consabidas. Ensayos como el presente son bien hallados porque disipan prejuicios y esa mala equivalencia inerte de la tradición viva, que es la costumbre.

La composición en México en el siglo XX, Yolanda Moreno Rivas, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, 237 pp.

Historiar el presente es tarea difícil y, en cierta manera, imposible. No sabemos dónde acaban los períodos, qué metas se alcanzan y cuál el sentido que la historia descifra y, a la vez, produce. Por eso, la tarea de Moreno Rivas apunta, con inteligencia, a ordenar documentos (arduos documentos musicales, a veces carentes de fijeza y de fecha), a recoger entrevistas con compositores, establecer cronologías y detallar currícula, de modo que el curioso actual y el historiador futuro tengan puntos de apoyo lo más firmes posibles.

Para situar el desarrollo de la música mexicana, la autora se vale de los contextos históricos y, en especial, de las parábolas estéticas de nuestro siglo. Desdeña cualquier idea acerca de progreso y transcurso lineal en la música, y resitúa todo cambio como reformulación de la modernidad, entendida como renovación de lenguajes. Estos lenguajes se valen de innovaciones técnicas, que pueden ser novedades radicales, como en el caso de las vanguardias, revisiones de técnicas consabidas o rescate de técnicas perdidas en el olvido.

La modernidad, como quiere Octavio Paz —algunas de cuyas categorías sirven de apoyo a Moreno Rivas— propone su actualización frente a lo tradicional e instaura sus propias tradiciones. A veces se vuelve académica y otras, se disuelve en el frenesí de la moda. El rastreo documental, que incluye un generoso material gráfico, va unido, en este libro, a la clara agudeza de los conceptos y a la fluida exposición, lo cual revela que la investigadora ha sido partícipe de la historia narrada y una atenta escucha del discurso sonoro de los mexicanos en nuestro siglo.

Poe. Edgar Allan Poe, poeta americano. Georges Walter, traducción de Alberto Clavería, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1995, 580 pp.

Se conocen unas cincuenta biografías de Poe. Walter, buen sabedor del dato, ha decidido hacer una *enquete*, que así se subtitula este libro en su original francés. Hace una encuesta en busca de Poe, convocando a las numerosas voces que interpelan a su fantasma y a las que interpelaron a su persona. A pesar de la longitud del libro y de la acumulación de documentos, la fluidez de la narración, la alternancia de tiempos (el cuento empieza con la muerte enigmática del escritor y está mechado de escenas presentes, en que Walter recorre lugares poeianos y sus propios territorios mentales) hacen de la lectura algo movido y placentero, como no lo fue la vida de Poe, inmovilizado por su relación con la muerte y atenaceado por dolores mentales y físicos incesantes.

Walter, además, intenta despejar algunas leyendas francesas sobre el poeta americano. Su especial fobia se dirige contra Marie Bonaparte y su dura lectura freudiana, pero también contra la fábula del escritor maldito, mártir laico y apóstol de la religión del arte en medio de una sociedad fenicia, erigida por la admiración ilustre de Baudelaire y Mallarmé. En efecto, éstos universalizaron a Poe desde París, pero con un empeño por desamericanizarlo que lo cubrió con la propia fantasía malditista de los escritores franceses.

Más bien, Walter suscribe la versión Valéry del poeta-filósofo de *Eureka*, aficionado al pitagorismo, a Plotino y a la herencia neoplatónica que desagua en el simbolismo. Valéry, enterado en ciencias físicas y matemáticas, hace justicia a las anticipaciones de Poe, tomadas a broma por los duros positivistas de su tiempo.

El Poe de Walter tiene poco de maldito. Es alcohólico, pero no a tiempo completo; toma láudano, pero no se droga; vive pobremente porque resulta incapaz de ganarse la vida y prefiere deambular por casas ajenas y ejercer de huérfano menesteroso. Su literatura es un ejemplo de sobriedad, en todos los sentidos de la palabra: contracción del lenguaje y lucidez expresiva y constructiva. Hasta su relación con la muerte es la de un lúcido suicida, que se sabe superviviente mientras la escritura sea capaz de alejar el momento final. Poe no fue un incomprendido ni un perseguido. Se lo reconoció tempranamente como el más importante escritor americano de su tiempo y alcanzó a conocer su fama europea. Sus lecturas contaban con el apoyo de la buena sociedad y sus libros se reseñaban y vendían en la misma medida en que los escritos por otros grandes nombres de su país. Fue polémico y querulante, pero también lo fueron los escritores norteamericanos de la época. Se enfrentó con el puritanismo y la calumnia, pero no como un *outsider*, sino como un caballero del sur, aristocrático, antipolítico, y, por ello, escasamente democrático y nada progresista.

Hijo de un actor alcohólico y de una actriz tuberculosa, huérfano recogido por un matrimonio que gastó grandes sumas en su educación pero no lo quiso, Poe halló en su tía María Cremm a una madre sustituta, y en su prima Virginia, a la esposa-niña (y tal vez virgen) que lo fascinaba como sustituta de una hermanita subnormal, perpetua nena. Rechazó a su familia adoptiva porque ésta pretendía obligarlo a madurar, hacerlo militar u hombre de negocios. Él prefirió conservar la infancia creadora de países de Jauja y reinos del terror, y fue siempre un niño pedigüeño, desastrado y encantador. A ello hay que agregar el detalle de su inmenso talento y de su capacidad fabuladora, que lo llevó a concebir el universo como el poema de Dios, creación desde la nada y vocada a la nada: destinada, por hacer un gálico juego, ya que estamos cerca de Francia.

Walter tiene la virtud de despejar la atmósfera en torno a Poe, dejándonos a solas con el personaje y con una obra que, examinada con minucia y agudeza, dibuja el retrato imaginario del escritor y se desprende de él, como el universo se desprende de Dios: como un poema cósmico.

Ficciones de una crisis. Poética e interpretación en Borges, José M. Cuesta Abad, Gredos, Madrid, 1995, 270 pp.

Borges, entre sus varias paradojas, ilustró la de ser un hombre desdeñoso del presente y alérgico a la novedad, a la vez que un innovador que propuso un ejercicio de

originalidad a partir de la repetición, el apócrifo y la glosa, puntual o falsa. De todo este corpus de intuiciones premodernas que conducen a la postmodernidad, Cuesta extrae algunas categorías que acreditan la actualidad de este escritor fugitivo de toda actualidad.

El lenguaje, según propone Borges, es una sustancia llena de huecos e intersticios, por los que unos textos se conectan con otros, proponiendo una suerte de universo de discursos, fragmentario y total, a la vez. Por ello, no caben fronteras de género y así es como Borges hace de la metafísica una provincia de la literatura fantástica, de Dios un mito poético y de todo saber, un consuelo contra la ignorancia fundamental y final del hombre, un apasionado entretenimiento para nihilistas. Todo escrito es bello o feo, fascinante o hastioso, ya que nunca es verdadero o falso. De ahí el predominio de la literatura como búsqueda de eficacias verbales, sobre cualquier otra deuda del lenguaje con el mundo exterior.

Cuesta recorre a Borges como un escritor ya muy leído, quedándose en detalles poco frecuentados, a los que aplica un instrumento cognoscitivo entrenado y erudito. Sabe que, borgeanamente, tampoco hay un Borges definitivo y verdadero. Por ello, siempre cabe continuar el inventario del universo que aparece en el Aleph y que incluye al Aleph y al universo.

Conversaciones sobre Borges, Carlos Cañeque, Destino, Barcelona, 1995, 394 pp.

Borges hizo de la conversación desgrabada, un género tardío, brilloso y equívoco. Él, que tanto defendió la autonomía de lo escrito, no pudo sustraerse a la devoración incorregible de los informadores. A veces, lo interrogaban con esmero. Otras, se valían de su ilustre y ciega sombra para aparecer en público.

Cañeque ha hecho una glosa de aquella coloquialidad borgiana, reuniendo a algunos especialistas (Emir Rodríguez Monegal, Jaime Alazraki, Ion Agheana), a un par de lectores apasionados (Fernando Savater, Guido Castillo), a un obseso (Harold Bloom) y a una viuda (María Kodama).

El resultado es una miscelánea oral sobre uno de los escritores más «escritos» de nuestra lengua. Los diálogos más extensos (con Agheana y Castillo) valen por unos ensayos monográficos a dos voces y así se los presenta. Experiencias personales de lectura aparecen en lo que Savater cuenta acerca de su *desiderátum* de escritor adulto: Borges. Kodama aporta datos interesantes sobre la cotidianeidad del escritor y su método de escritura en tiempos de ceguera. Bloom habla de sí mismo y de cuánto le importa ser judío y hallar judaísmo doquiera pose su mirada. Alazraki repasa, al compás de exámenes sucesivos de la obra borgiana, las vicisitudes de la crítica contemporánea. Monegal reordena los clásicos tópicos borgianos (ficción y realidad, identidad y heroísmo, especularidad, alcance y pureza de la palabra, etc.) a la luz de sus propios estudios.

Borges nos propuso una tarea incesante, imposible e impostergable: enunciar el universo. Estas voces que siguen completando el infinito elenco universal, acreditan que sus insinuaciones ganan validez con los años.

José Martí/el alma alerta, Ángel Esteban, Comares, Granada, 1995, 255 pp.

El modernismo, Martí, las lecturas comparadas o comparatistas (con Juan Ramón, con Unamuno, etc.) son temas muy trabajados por la crítica. De tal modo, al abordarlos por enésima vez, el autor se hace cargo del estado de la cuestión y aporta sus elementos de novedad, discordia o matización. Para ello se vale de una bibliografía extensa y cuidadosa, donde se advierte la importancia de Martí en el panorama de la renovación literaria y lingüística que se produce en nuestras literaturas y nuestra lengua durante el último cuarto del siglo XIX, a contar desde figuras americanas como Nájera, Casal, Martí y el insoslayable y señero Rubén Darío.

Martí dejó una obra extensa, una vida breve, una relación contradictoria con la cultura española, un intento de situación política, una trayectoria de mártir cristiano, una muerte discutida y con detalles sórdidos, un culto a la palabra eterna que sobrevuela el tiempo y, a la vez, un trabajo de cronista apegado al hecho cotidiano y a la historia que pasa y no vuelve. Este complejo de herencias obliga a desbrozar diversas materias y variados asuntos al entrar en el corpus martiano.

El modernismo y su aspecto religioso, la resituación del movimiento en los críticos posteriores, la literatura educativa, el compromiso político y las letras, los matices sacrificiales en la narrativa de Martí, son algunos de los intereses que han guiado a Esteban en sus recorridos por el universo del escritor cubano. Una bibliografía extensa y razonada completa la reunión de estas lecturas.

Baniano, Leopoldo Castilla, Verbum, Madrid, 1995, 97 pp.

En su ya larga carrera de poeta, con casi treinta años de publicaciones, Leopoldo Castilla (Salta, Argentina, 1947) ha construido un personaje que va diciendo sus poemas y que lo va diciendo, eso que con pedantería cancilleresca suele llamarse hablante lírico. Este personaje es un viajero sin origen y sin meta, que evita las complacencias de la melancolía y el exilio,y cuyo lugar en el mundo es el presente como desaparición.

Tal espectáculo, repetido pero variado, se va desplegando por el mundo y recoge la variedad matérica de las cosas y las gentes, los climas, las atmósferas, lo húmedo y lo seco, lo caliente y lo frío, lo duro y lo blando de la aparición y desaparición de todo. Al poeta le queda la sospecha, inconfirmada por su incredulidad, de que en el lenguaje, que vuelve y permanece, hay algo sagrado. *¿Hay un sitio / donde se unan lo sagrado y el cuerpo / que no sea en el asombro / de ir desapareciendo?*

Aparentemente, este libro cuenta un recorrido por el Sudeste del Asia y por la India. Animales y plantas sorprendentes, hombres y mujeres similares a otros hombres y otras mujeres, templos donde se adora a divinidades inacreditables, sirven de fondo a esa palpitación mortífera y gozosa del mundo que se deshace y se recompone a cada instante, como la materia orgánica muerta en clima caluroso. El lenguaje con que el poeta va desgranando su estupor ante el pasaje de todo por el tiempo, es muy concentrado y paradójico, pero apenas conceptual. La diversidad de las cosas quiere encontrar un equivalente de diversidad en las palabras, en el léxico y en las imágenes que movilizan los poemas, sobre todo.

Argentino de origen, afincado en España en los últimos veinte años, Castilla va más allá del destierro, hacia el arraigo contradictorio en el gran exilio de la vida, y encarga de tan sostenida y confidencial tarea, a la poesía.

Historia portátil de la poesía colombiana (1880-1995), Juan Gustavo Cobo Borda, TM Ediciones, Bogotá, 1995, 315 pp.

Poesía y violencia son dos realidades colombianas que no acaban de asumirse en Colombia, sostiene Cobo Borda al reeditar esta antología portátil. Quizá por ello se conozca poco la producción poética del país en el exterior y tampoco se vean claras las tramas que llevan a la convivencia violenta de los colombianos.

Para reparar estos claros, Cobo examina la trayectoria de esta especialidad desde el premodernismo de Asunción Silva hasta la década de 1970, pasando por Valencia, Barba-Jacob, Greiff, Carranza, la revista *Mito* y el nadaísmo, entre otros nombres y tendencias. Para portátil, muy bien surtido el panorama.

Manuel Puig, del pop a la extrañeza, Roxana Páez, Almagesto, Buenos Aires, 1995, 171 pp.

La obra de Puig se encuadró fácilmente en la recuperación *camp* de los años sesenta: un escritor cita el mal gusto entre comillas, conoce las claves de la cursilería que sus personajes practican e ignoran. Por debajo de esta complacencia nostálgica por el *Kitsch* del pasado, que se torna canónico y museal, hay en Puig una investigación poética del inconsciente, a través del significante fálico que reescriben el habla cotidiana, el cine y el folletín radial.

Esta doble vertiente inquieta las investigaciones de Páez, que llegan a los testimonios personales del escritor, pues la autora entiende que el fenómeno Puig no puede prescindir del personaje extralibresco que se identifica como Manuel Puig. Hasta hay quien lo convierte en divinidad o, al menos, héroe de la literatura argentina, que escora el equilibrio Borges-Arlt en favor de este último.

Por su acopio razonado de información, su minucia en la lectura y la precisión de sus códigos, este ensayo enriquece la mejor línea de la crítica puiguiana.

Poetas cubanos actuales, selección, prólogo y notas de Daniuska González, Los Teques (Venezuela), 1995, 136 pp.

Con el objeto de dar a conocer un panorama veloz de la poesía cubana de nuestro siglo, la autora antologa a una respetable cantidad de autores (unos sesenta) que van desde el tardío eco modernista de Dulce María Loynaz hasta las promociones actuales, pasando por la estela dejada en la Cuba poética por el grupo de *Orígenes*.

La brevedad de la antología no impide contar con variadas expresiones, no sólo en el tiempo considerado, sino dentro de cada autor en particular. Completa el volumen una noticia biobliográfica de los poetas incluidos.

El debate político. Modernidad, poder y disidencia en «Yo el Supremo» de Augusto Roa Bastos, Adriana J. Bergero, Peter Lang, New York, 1994, 285 pp.

La difícil y compleja textura de *Yo el Supremo* permite distintos desbroces (digamos deconstrucciones para no ser sospechados de inactuales) apetitosos para cualquier analista: datos históricos y ficción, prosa cancilleresca y tradición oral, identificación del narrador o los narardores, posible encuadramiento en el género novelesco o en un género propio, aparte de exámenes temáticos como el erotismo y la muerte, la episódica sexualidad del personaje más o menos protagónico, las estrategias de la parodia, la constante crítica de lo verosímil, las relaciones novela/historia.

Esta ancha panoplia de sugerencias es examinada por Adriana J. Bergero valiéndose de lecturas paralelas y de un variado dispositivo de procedimientos, que arrojan luz sobre los intersticios aparentemente inertes del texto de Roa Bastos. Como es natural, también da cuenta de la ya caudalosa bibliografía concitada por el escritor paraguayo.

Los afiladores. Una industria ambulante, Olegario Sotelo Blanco, Ronsel, Barcelona, 1995, 247 pp.

Los afiladores constituyeron un elemento del folclore callejero de las grandes ciudades. En concreto, los emigrados de Galicia, sobre todo de la zona orensana, poblaron con sus silbos, caminatas y roces de piedra y metal, ilustrado de chispas, las calles de América.

Sotelo Blanco, periodista y antropólogo, también con excursiones en la literatura, hace un rastreo de campo sobre el oficio, la tradición, el hábitat y las costumbres de los afiladores gallegos, a lo cual añade una cantidad de testimonios orales tomados en la Argentina, y una serie nutrida de imágenes de aquí y allá, que trazan una historia gráfica de esta profesión a la vez utilitaria y lírica.

El vuelo, Horacio Verbitzky, Seix Barral, Barcelona, 1995, 193 pp.

El periodista Verbitzky, autor de varios libros sobre la presencia de los militares en la historia argentina de este siglo, entrevistó a un antiguo teniente de navío, Adolfo Scilingo, el cual participó en actos de tortura y eliminación de prisioneros políticos durante la última dictadura militar (1976-1983).

Contadas con la austeridad que da el diálogo informativo y alumbradas por la luz de la memoria que se recuesta en el tiempo, estas confesiones resultan más atroces que si estuviesen adobadas por los sabores de la elocuencia. Por eso, seguramente, es preferible que este libro haya sido organizado y redactado por un periodista y no por un escritor de ficción. Detalles sobre tormentos, cuerpos desnudos arrojados al mar, secuestros, infiltraciones, delación y clandestinidad, acaban llevando la consciencia moral de Scilingo a contar todo lo recordado a sus conciudadanos y, en definitiva, a eso que llamamos, a veces con serias dudas, mundo civilizado.

Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva, Hugo Biagini, CEDAL, Buenos Aires, 1995, 198 pp.

El profesor Biagini, especializado en historia de las ideas en la Argentina y en las relaciones culturales entre el país del Plata y España, ha hecho un paciente rastreo de emigrados españoles que llegaron a aquellos

confines americanos en la segunda mitad del siglo XIX. Exiliados de la Gloriosa, krausistas sueltos, médicos, periodistas, dirigentes gremiales puestos a filósofos políticos, catedráticos de distintas especialidades, escritores de ficción, fueron ocupando lugares, a veces directivos, en la enseñanza, la prensa, la literatura, la política y la investigación. Biagini les sigue la pista a través de un laberinto de noticias escritas y gráficas, situando el fenómeno dentro de la historia argentina que coincide con la llamada Organización Nacional, momento de pacificación, administración positiva (y positivista) y rápido desarrollo. La lectura de este libro será igualmente provechosa para el historiador de las mentalidades, de los movimientos sociales y de esa inasible provincia de la vida española llamada América.

As Vertigens da Lucidez. Poesia e critica em Octavio Paz, María Esther Maciel, Experimento, Sao Paulo, 1995, 255 pp.

La inseparable dualidad de pensamiento y poesía (en el orden que se prefiera) es una de las calidades de la obra de Octavio Paz. Señalarlo ha sido fácil tarea de la lectura; categorizarlo, difícil empeño de la crítica. Valiéndose del método comparativo, Maciel intenta organizar el pensamiento poético de Paz a partir de una operación de repristinación: temporalizar el espacio, que es el momento inicial de la temporalidad.

De allí en adelante, contextualiza a Paz en la literatura hispanoamericana contemporánea, ordena los dispositivos críticos del escritor mexicano (metáfora, analogía, paradoja, etc.), vincula la obra paciana con cierto pensamiento oriental y con el surrealismo y, por fin, examina los escritos de Paz sobre el tema de la modernidad.

Las batallas secretas de Belgrano, María Esther de Miguel, Seix Barral, Buenos Aires, 1995, 380 pp.

La obra narrativa de esta escritora argentina ha orillado con insistencia la historia, la historia documental y «concreta»: *Jaque a Paysandú, La amante del Restaurador,* la biografía de Norah Lange. Ello acredita un interés particular por la memoria colectiva que se salva de la aniquilación gracias a la escritura.

En este nuevo libro, de Miguel se encara con Manuel Belgrano, abogado apasionado de la economía (o, por mejor decir: de la fisiocracia), militar improvisado, estadista a veces e inventor de la bandera argentina. Tal vez su perfil de ilustrado con estudios salmantinos lo destinaba a estrados y despachos. Le tocó un escenario de campamentos y batallas que desembocó en una muerte secreta y paupérrima, como suelen ser las muertes.

De Miguel aceptó el desafío de bajar al prócer de su pedestal y devolverle, imaginariamente, carne, sangre, aliento, alegrías, dudas y miedos. Valiéndose de vivaces viñetas, nos lleva a los comienzos de la historia argentina, que está doblando la calle. Algo remoto y fundacional, cercano y palpitante, a la vez epopeya y noticia de periódico.

Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización, Néstor García Canclini, Grijalbo, México, 1995, 198 pp.

Especialista en el estudio de las culturas populares y los conflictos culturales que genera el proceso de urbanización, el profesor García Canclini aborda en este texto la conversión del ciudadano en consumidor y demandante económico, a la vez que los problemas de identidad cultural (lo propio y lo ajeno) que genera la globalización económica acompañada por la uniformización de los mensajes en el mundo.

La trama de asuntos que organiza este fenómeno desemboca en la pregunta filosófica posmoderna: qué acaba por ser real/irreal en un mundo globalizado e informatizado. Multitud solitaria, masa individualista, sociedad cada vez menos civil y más burocrática: he ahí una respuesta.

Historia del libro en Chile (alma y cuerpo), Bernardo Subercaseaux, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1993, 254 pp.

Desde la colonia hasta nuestros días, la edición chilena de libros suscita, como en sociedades similares, una refle-

xión compleja acerca de la fabricación de un objeto, con todas sus implicancias artesanales e industriales; la circulación de unos discursos que entretejen un imaginario social; unos códigos acerca de lo que está permitido y prohibido decir; sistema de librerías; publicidad del libro; importación y exportación; arraigo de una literatura nacional.

Dar cuenta razonada de estos temas exige un caudal generoso de información y un criterio clasificatorio estricto, para seguir la pista a diversos fenómenos, a través de los siglos. Tal es la tarea cumplida por Subercaseaux en este libro sobre el libro, que informa sin abrumar y discurre sin someter al lector a las verdades que aporta la historia, siempre intensas en su provisoriato.

Cartografía ardiente, Noni Benegas, Verbum, Madrid, 1995, 69 pp.

Esta nueva entrega de Benegas, argentina afincada en España, refuerza una búsqueda de estrictez y fugaz reflexión que se apuntaba en anteriores libros *(Argonáutica, La balsa de la Medusa)*, búsqueda que ahora se tensa nítidamente entre dos polos: «La sospecha (era lo último / que podíamos generar) / nos empujaba a bautizar cada cosa / con dos nombres» y «Que el lenguaje fuera una cadena / porque el tiempo lo es / nos hizo dudar del tiempo / hecho de instantes...».

En un mundo donde todo se ha vuelto incierto y apenas perceptible, ligero y dudoso hasta la insidia, sólo queda algo real: el poema. En su cartografía yacen las pasiones clásicas (identidad, amor, celos, la crueldad de lo fundamental) evocadas por los prestigios de la cultura y revividas en el verso. Un viaje con apuntes mínimos lleva de un lugar a otro, en esta poesía de Benegas que es un estricto laberinto cuyos confines todos ignoramos.

Celestina's Brood. Continuities of the Baroque in Spanish and Latin American Literature, Roberto González Echeverría, Duke University Press, London, 1993, 281 pp.

La persistencia de modelos barrocos, neobarrocos o barroquizantes en las literaturas latinoamericanas, es un tema fuerte de la crítica y la estética contemporáneas. Carpentier arriesgó la idea de que América ya era barroca antes de Colón y que el barroco español o portugués no hizo más que reencontrarse en el Nuevo Mundo con formas ancestrales, dando lugar a un barroco mestizo y radical.

González Echeverría se vale del método comparatista para examinar algunos prototipos barrocos desde Fernando de Rojas hasta Calderón, pasando por Lope y Cervantes, para desembocar en los barrocos americanos, desde la colonia hasta nuestros días: Silvestre Balboa (canario afincado en Cuba), Espinosa Medrano (perulero fundador de la crítica americana), Carpentier, Nicolás Guillén y Sarduy.

A fuego lento, Mario Paoletti, Colección Carabelas, Murcia, 1993, 246 pp.

He aquí la segunda parte de una trilogía comenzada con *Antes del diluvio,* que el escritor argentino Paoletti, radicado en España, organiza en torno a la vida supuesta de un personaje autobiográfico, un hombre que llega, por paradoja, a la madurez, en la cárcel, donde ha ido a dar por militancias políticas en tiempos de la dictadura militar.

El constante y ansioso combate por sobrevivir, aunado a la pregunta por la identidad (¿quién sobrevive, quién soy?) se entremezclan con una evocación suavemente patética y sarcástica de la vida carcelaria, donde se padecen humillaciones y torturas pero donde también se recupera el jolgorio de la *patota* adolescente, con algo de solidaridad monástica. Paoletti logra, así, superar el mero documentalismo y hace una novela educativa en que el narrador seduce a sus carceleros, miserables aplicadores del tormento que pasarían a la nada si alguien no los incluyera en esta dolorosa y, a la vez, jocunda ficción, que se acerca a la mezcla de los maestros, Arlt y Cortázar, sin olvidar a la rara aproximación Borges-Benedetti.

Escritores de América, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1995.

Bajo la dirección del profesor Teodosio Fernández, de la Universidad Autónoma de Madrid, se está editando

una colección de autores hispanoamericanos, en ediciones a cargo de distintos especialistas, con el consiguiente aparato de notas, prefacios, cronologías y bibliografías. Los títulos hasta ahora editados y los correspondientes editores se detallan a continuación: Arturo Uslar Pietri: *Las lanzas coloradas* (Eduardo Becerra); Miguel Ángel Asturias: *El señor presidente* (Selena Millares); José Martí: *Ensayos y crónicas* (José Olivio Jiménez); Julio Cortázar: *Final del juego* (Jaime Alazraki); Augusto Roa Bastos: *Hijo de hombre* (Carmen de Mora); Ernesto Sabato: *Informe sobre ciegos* (Marina Gálvez); Carlos Fuentes: *La muerte de Artemio Cruz* (Javier Ordiz); Juan Carlos Onetti: *La vida breve* (Sonia Mattalia); José María Arguedas: *Los ríos profundos* (Juana Martínez Gómez); Palés Matos: *Tuntún de pasa y grifería* (Trinidad Barrera).

B.M.

Artículación temática en la narrativa y teatro de Mario Vargas Llosa, visión del Perú, Concepción Reverte Bernal, Madrid, Melbourne, Auckland, VOX/AHS, 1994.

Con este interesante trabajo sobre el escritor peruano, la autora nos ofrece una panorámica general de su obra, relacionando las diferentes temáticas de las novelas que, por lo general, han sido estudiadas de manera aislada, por lo que se hace necesario articularlas, pues, como afirma, Reverte Bernal, «los grandes escritores se caracterizan por plasmar su concepción de la realidad a través de mundos cerrados, en los que los elementos internos están vinculados entre sí». Este hecho pone en evidencia la necesidad de conocer el referente cultural del que se nutren las obras, por parte de los lectores, incluyendo obviamente un corpus literario que se remonta hasta los cronistas, quienes fijaron en sus testimonios los rasgos de dicha sociedad.

En el caso de Vargas Llosa es evidente el alejamiento de sus lectores de la realidad peruana. De otro modo, no se entendería la sorpresa que causó el hecho de que el autor de *La ciudad y los perros,* se postulara como candidato a la presidencia de su país. A fin de rebatir los tópicos en torno a este polémico autor, Reverte Bernal nos ofrece un trabajo esclarecedor en el que demuestra cómo en Vargas Llosa se observa una creciente preocupación por los problemas de su país, estableciendo, así, un eje temporal y otro espacial para facilitar el seguimiento de una obra comprometida con la realidad social.

Del escribidor que va de la historia a la ficción, de la Costa a la Selva, el autor da cuenta de una compleja y abigarrada realidad a la que es preciso acercarse para desentrañar muchas de sus claves narrativas, tal como lo plantea la autora.

La ceniza del libertador, Fernando Cruz Kronfly, México, Textos de Difusión Cultural, UNAM, 1995.

Esta es quizás una de las más interesantes novelas colombianas de la década de los ochenta. Publicada dos años antes que *El general en su laberinto,* de García Márquez, la obra narra también los últimos días del Libertador en su triste viaje hacia Santa Marta, vencido por la enfermedad y decepcionado por las intrigas que los amantes del poder traman a sus espaldas.

Cruz Kronfly, (Buga, Colombia, 1943) teje con maestría diferentes hilos narrativos, intensificando una atmósfera en la que domina la estética de la muerte. Todo lo que ocurre en el barco gira en torno a la enfermedad del héroe cuyo cuerpo se convierte en escritura de la historia. Fiebre, sudor, frío, emanaciones pestilentes, escupitajos ensangrentados, el cuerpo, materia perecedera, ultrajado y envilecido, va a su destino final, custodiado por el fiel sobrino, por Santana y por Palacios, quienes se confunden con los fantasmas que emergen del delirio y la fiebre. A sus voces se unen las mujeres que amaron al Libertador, desde la negra Hipólita, hasta la recia y decidida Manuelita Sáenz, y las de los personajes como el maestro Simón Rodríguez, que llama a la ventana del barco y luego desaparece entre la niebla del recuerdo. Feliz evocación de la historia de América, espacio ideal donde el romanticismo europeo materializaba los sueños de libertad, que Bolívar no tuvo más remedio que llevar a cabo, saboreando al mismo tiempo que gloria y la ingratitud. Así, el cuerpo del Libertador que va camino a la ceniza, lega a las generaciones futuras su espíritu convertido en escritura, en un discurso que marca de manera definitiva su destino.

Desocupado lector, Juan Gustavo Cobo Borda, Bogotá, Ediciones Tema de Hoy, 1996.

El poeta y ensayista colombiana J.G. Cobo Borda se sirve de las palabras iniciales de el prólogo del *Quijote* para subrayar el lúcido placer que caracteriza su actitud ante la vida y el conocimiento. Desde los colombianos Baldomero Sanín y Germán Arciniegas, cuyos talentos han difundido generosamente, hasta Octavio Paz y Elena Poniatowska, pasando por Salvador Garmendia, José Bianco y Gómez de la Serna, Cobo Borda nos ha ofrecido una importante síntesis de la cultura hispanoamericana, situándola siempre en sus relaciones con el mundo, ofreciéndonos la crónica de nuestro tiempo en un estilo irreverente y audaz, siempre elegante y preciso, abriendo de ese modo un diálogo con sus contemporáneos, llamando su atención sobre una particular manera de ver y de entender lo americano, que pone el énfasis en su producción intelectual, sin dejar de señalar sus falacias y miserias.

Así, en textos como «América ladina, patria de la ironía», cuestiona los modelos utópicos, que antes de ser saludables distancias críticas entre el ser y el deber ser, se presentan como espejismos detrás de los que se ocultan fórmulas para manejar el poder y que han llevado a la ruina a muchos de los países hispanoamericanos. La alternativa que propone Cobo Borda, después de preguntarse lo que puede soñar un colombiano de finales del siglo XX, es sobrevivir a tantas y tan nefastas utopías, empezando por el desmesurado sueño de la unidad bolivariana, cuyo incumplimiento, a su juicio, ha dejado una frustración que «crece y se acumula como un lastre maligno».

Revuelta en tiempo nublado, del socialismo «real» al «nuevo orden», Horacio Crespo, Libros de la Fundación de la Universidad de Córdoba, Córdoba, 1994.

Este volumen recoge los ensayos acerca de política y relaciones internacionales escritos por su autor a partir de 1980. Bajo la influencia de intelectuales como Raymond Aron y Octavio Paz, Horacio Crespo (Córdoba, 1947) ha querido mantener la postura de un «observador comprometido» que reflexiona sobre los acontecimientos históricos más importantes del momento: la experiencia soviética, los socialismos, la situación de Centroamérica —entre la democracia y la guerra—, los integrismos y la quimérica búsqueda de paz en el Medio Oriente, el fin de la guerra fría y la fundación de un nuevo orden internacional —entre el polvorín de los Balcanes y la implantación de un feroz neoliberalismo en Hispanoamérica—.

La introducción de este volumen es una valoración del libro de Octavio Paz, *Tiempo nublado,* a juicio del autor, el resumen de la gran tradición del pensamiento hispanoamericano, que desde Sarmiento se convierte en reflexión sobre la realidad política y social, en defensa de los valores democráticos y de la dignidad de los individuos, continuando así la mejor tradición occidental, a través del ejercicio crítico del lenguaje donde prima la lucidez sobre las ortodoxias.

Así la utopía del presente, para el autor, sería la democracia participativa inspirada en filósofos como Habermas, vista en Hispanoamérica no sólo como una alternativa posible, sino necesaria, siempre que los políticos y los ciudadanos respondan a esa prioridad y luchen contra la marginalidad económica y social y, sobre todo, contra el descreimiento y el inmovilismo.

Desnudo femenino y otros cuentos. César Leante, Madrid, Editorial Pliegos, 1995.

«El último milagro», cuento que abre este volumen, pretende materializar mediante una alegoría la idea de que el amor mueve al sol y las estrellas y es capaz de producir milagros. Un hombre con aspecto de monje o peregrino llega un día de lluvia a la casa donde un matrimonio llora a su hija muerta. El amor como acto supremo de la vida provoca el milagro de la resurrección cuando el hombre, extasiado ante la belleza de la muchacha, supera el horror de la muerte y acaricia su piel.

Los doce relatos del libro de claras evocaciones bíblicas, mezclan así la realidad y la imaginación en una escritura que se convierte en exploración de la enigmática condición humana. «El mundanal ruido» y «Propie-

dad horizontal» exploran, en cambio, la maldad con la que también se puede amasar la especie humana, en tanto que «Otra vez Canaan» quiere ser una recreación mítica e histórica de ese búsqueda de la tierra prometida que resume la utopía del género humano. «Desnudo femenino», el último cuento, se construye con una sustancia semejante a los personajes de «El túnel» una extraña mujer que observa unos desnudos femeninos en una exposición, un hombre atrapado en su misterio y un pintor que desvela sus secretos, deshaciendo el misterio, y mostrando el inexplicable comportamiento humano.

César Leante (Cuba, 1928) es también autor de novelas como *Calembour* (1988), de *Fidel Castro: El fin de un mito* (1991) y *Hemingway y la revolución cubana* (1993).

La fábula de la literatura argentina, Juan Carlos Dido, Buenos Aires, Editorial Vinciguerra, 1990.

La fábula, un género prácticamente olvidado en la literatura hispanoamericana, no ha ocupado su lugar, pese a la importancia que le asigna el estar ligada a los orígenes de una nación. Consciente de este vacío en los estudios literarios de su país, el argentino Juan Carlos Dido reclama un espacio para el género, con base en el fundamento de una investigación histórica y crítica, que empieza rastreando sus orígenes en España con el Arcipestre de Hita y Juan Manuel, sus iniciadores, quienes se inspiran en la tradición grecolatina.

La fábula argentina parece iniciarse en 1801 cuando el ilustrado Manuel de Lavardén publica en el *Telégrafo Mercantil,* «Nuevo renombre de Apolo» que se identifica como la primera fábula. Desde Juan Cruz Varela y Felipe Senillosa hasta Jorge Luis Borges, Marco Denevi y Eduardo Gudiño Kieffer, pasando por el fabulario infantil de Blomberg, el autor presenta su evolución, ofreciéndonos un valioso aporte en el que el concepto de literatura incluye géneros considerados menores, como la fábula popular. Asimismo el autor facilita una extensa bibliografía que incluye monografías sobre el tema.

Con este trabajo Juan Carlos Dido demuestra cómo éste género, que ha sido motivo de una fecunda creación en las distintas épocas, mantiene todavía un vigor que garantiza su supervivencia; igualmente, destaca la validez de un género que refleja la censura y las condiciones de vida en una sociedad y cuya evolución se corresponde con los cambios en las relaciones humanas.

Las ratas en la torre de Babel. La novela argentina entre 1982 y 1992, Carmen Perilli, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1994.

Como afirma la autora de estos ensayos, «toda la historia argentina es la historia de un sistema de citas, referencias culturales, alusiones, plagios, traducciones. Desde Sarmiento hasta Borges». A partir de esta premisa Carmen Perilli, profesora de literatura hispanoamericana de la universidad de Tucumán —autora también de un excelente ensayo *Imágenes de la mujer en Carpentier y García Márquez* donde nos ofrece un riguroso trabajo sobre los autores más reprsentativos del realismo mágico—, reflexiona en torno a diferentes aspectos de la literatura de su país, centrándose fundamentalmente en el topos argentino, no sólo como espacio dentro de la ficción, sino como modelo de representación de valores morales, de imágenes del mundo que se convierten en paradigmas. Ensayos como «De los cuerpos y las escrituras» señala el hecho de que la literatura argentina de las últimas décadas haya diseñado diversos paradigmas que se pueden imaginar alrededor de dos imágenes opuestas: el cuerpo y la letra. Así el enlace de la escritura con el cuerpo de la ficción, el cuerpo como escritura de la historia, estructura, según ella, los espacios de la ficción en la narrativa aludida. Del mismo modo, en «De las fundaciones y sus fantasías», se refiere a la traumática fundación de la ciudad de Buenos Aires que se configura a partir de una geografía pretendidamente virgen, percibida como utopía en el desierto. En «Historia y literatura, la trama como construcción», en cambio, señala cómo desde sus orígenes la literatura continental está extrañamente vinculada a sus fantasmas históricos que hacen necesaria la superación de un realismo ingenuo para convertirse en una *sociología de lo imaginario.* Estos ensayos constituyen un valioso aporte para quienes pretendan ponerse al tanto de los más actualizados estudios literarios continentales, a partir de una perspec-

tiva latinoamericanista y desde una concepción de la crítica literaria, como crítica de la literatura en la cultura.

Las inquisiciones de Jorge Edwards, Bernard Schultz Cruz, Madrid, Editorial Pliegos, 1994.

Este ensayo analiza las novelas publicadas por el escritor chileno entre 1973 y 1987, demostrando cómo responden al contexto histórico de su país, con el que abierta o veladamente se enfrentan. Asimismo examina el modo en que el novelista representa la situación vivida bajo la dictadura de Pinochet.

Schultz Cruz, especialista en estudios latinoamericanos, que es profesor en Okanagan University College, en Canadá, intenta a través de este estudio comprender no sólo lo que fue la dictadura chilena, sino también el pasado que la hizo posible, a partir de la obra de Jorge Edwards, uno de los más destacados representantes de la generación del 50, catalogada como individualista, hermética y reaccionaria, según Enrique Lafourcade.

La reflexión acerca del diálogo entre novela y sociedad, en general, y el papel de Edwards como intelectual frente a los conflictos de su época, en particular, sugieren que las causas de la dictadura están ancladas en un pasado lejano aún no resuelto. Novelas como *Los convidados de piedra, El museo de cera, La mujer imaginaria y El anfitrión,* plantean la necesidad de explorar las relaciones entre la realidad y la ficción. Es en ese contexto donde el autor ve en la obra de Edwards la posibilidad de aproximarse a la realidad de la ficción a través de temas como: la historia de Chile y el golpe militar de 1973 (en *Los convidados de piedra),* la quiebra de los valores de la burguesía (en *El museo de cera),* la situación de la mujer (en *La mujer imaginaria)* y el exilio (en *El anfitrión).*

Literatura veracruzana actual, Pedro M. Domene (Editor), Málaga, Ediciones de la Revista *Batarro,* 1992.

La extensión de México, de casi dos millones de kilómetros cuadrados y 85 millones de habitantes, obliga al editor de este trabajo reducir su estudio de la literatura de ese país a Veracruz. Enclave importante en la colonización de aquellas tierras, la ciudad fue dominada por los indios chalchicoecas. Puerto por donde pasaban las mercancías europeas, su crecimiento dio lugar al desarrollo de una incipiente burguesía. Veracruz llegó a ser un estado floreciente y el centro comercial de una rica región agrícola, además de ser un centro liberal y masónico que apoyó firmemente la constitución de Cádiz.

La presente selección que se presenta en orden cronológico, para ofrecer una visión coherente de la literatura veracruzana, destaca la singularidad de esta literatura dentro del contexto nacional a través de una muestra de poesía y prosa que incluye voces poéticas conocidas como la de Silvia Tomasa o José Luis Rivas y cuentistas, como Raúl Hernández Viveros. Del mismo modo, se ofrece una aproximación a la realidad veracruzana, en una amplia entrevista que realiza Celina Márquez al prestigioso novelista Sergio Pitol, del que se incluye un texto inédito, *La lucha con el ángel,* que forma parte de un libro suyo de ensayos, de ficción y de recuerdos.

Consuelo Triviño

Borges, esplendor y derrota, María Esther Vázquez, Tusquests, 1996.

Nada más terminar de leer esta biografía, escrita en un tono respetuoso y poco exhibicionista, me pregunto por la dificultad que conlleva toda biografía. También toda autobiografía, porque la primera persona del singular no es menos enigmática por estar más cerca. Sobre Borges se ha escrito mucho: abundan los ensayos, las tesis, las notas y otras formas de la crítica, sin olvidar las que carecen de forma y de contenido. Como persona, Borges ha despertado admiraciones sin límites y odios no menos ilimitados, unos y otros argumentados en ocasiones y viscerales en otras. El autor de *Ficciones* tiene algo que ver con los dos extremos, pero probablemente no fue ninguno de ellos.

Toda biografía es una suerte de antología a la que no son ajenos los inéditos. María Esther Vázquez hace un recorrido equilibrado y tibio, nos vuelve a contar anécdotas y hechos que ya conocíamos, suma algún hecho inédito y a veces rectifica otros. No es una biografía de investigación sino la de un testigo que contextualiza su conocimiento del autor dentro de lo que ya se sabe sobre ese autor. Hay que añadir que muchas de sus observaciones son valiosas y que se da una imagen de Borges bastante verosímil. No es ni por asomo la biografía por antonomasia ni lo ha pretendido. Quizás habría que criticarle que en ningún momento lo haya intentado, lo que otorga a su obra un tono menor. A pesar de que trató a Borges durante casi treinta años, la biógrafa es discreta y nunca aparece en primer plano, salvo para asegurar que fue buena administradora y que se llevaba bien con la madre del poeta, cosa que estuvo muy lejos de asegurar Estela Canto, más belicosa. Como siempre que oímos a alguien que ha tratado durante tanto tiempo a un personaje, nos preguntamos ¿y no sabe más? Cualquiera que haya querido escribir sobre alguien cercano no ignora, sin embargo, la dificultad.

Vázquez hace un repaso de todas o de casi todas las mujeres de las que Borges estuvo enamorado. Fue un enamoradizo sin amor, un apasionado sin pasión. Siempre tuvo a alguna mujer cerca y esa cercanía nunca lo fue mucho. El mismo confesó que se había enamorado demasiadas veces de la imagen que se hacía de las mujeres. «Uno no se enamora de alguien sino de cómo uno piensa que es ese alguien», afirmó. Es una frase demasiado tajante y circular, algo así como admitir que uno no puede conocer a nadie o que el amor es pura proyección de nuestro deseo, etc. ¿Es necesario señalar que ese «uno» no debe entenderse de manera general? En otro momento, la biógrafa observa que Borges nunca supo comprender el «alma» de quienes le rodeaban. Y cuando se refiere a su larga amistad con Bioy —fue su gran amistad— afirma que fue una amistad «inglesa», como ellos la llamaban: lo pasaban muy bien juntos, colaboraban, hablaban de literatura durante días, pero nunca cedieron a las confidencias. Bioy, como confiesa en sus memorias, ignoró que Borges visitara a un psicoanalista (dato que en el libro de Vázquez no aparece). Uno estaría tentado a pensar que fue una amistad a medias, pero sin duda Borges sintió y pensó que fue una verdadera amistad. No obstante, con un poco de malicia debemos recordar que fue el mismo Borges quien escribió que «vida y muerte faltaron a mi vida».

Un Borges poco frecuente aparece en estas páginas: el joven bebedor y *flaneur* de arrabales, «compadrito» que llegó incluso a aprender a bailar el tango. Este es un Borges castizo e ilustrado, del que se apartaría para ser el Borges universal que todos conocemos. También algo más: el hombre que tal vez buscaba la cercanía de la muerte en los puñales y los rostros de los *malevos*. No es casualidad que unos años más tarde, como describe Vázquez, tratara de suicidarse: compró un revólver y una novela policiaca que ya había leído —para que no lo distrajera una nueva trama, apunta, tal vez con un poco de ingenuidad la biógrafa, haciéndose eco del relato del propio Borges—. Se marchó a un hotelito de Adrogué, pidió un cuarto y se echó vestido sobre la cama. Leyó un poco, gatilló el revólver pero no tuvo el coraje de hacerlo. Bebió y se durmió mientras una tormenta descargaba sobre la noche veraniega. «Al despertar avanzada la mañana, le dolía la cabeza y tenía en la boca un gusto amargo provocado por la ginebra y por la derrota». Esther Vázquez supone que en sus últimos días trató de suicidarse, pero el procedimiento —en una bañera caliente— nos parece poco verosímil. María Esther Vázquez, de manera oblicua pero impactante, nos muestra los últimos años del escritor como un Borges secuestrado por María Kodama, quien ocultó a los amigos y familia las graves enfermedades que Borges padecía. También le hizo cambiar el testamento unos días antes de morir quedando ella como la única beneficiaria. Duda, como Bioy Casares, que Borges quisiera morir en Ginebra; de hecho le dijo al propio Bioy que era Kodama quien se lo llevaba pero que a él ya le daba igual, «cualquier sitio es bueno para morir». Aunque Borges era muy porteño, no es ajeno a su pensamiento morir en una ciudad como Ginebra o cualquier otra. Finalmente, lo cierto es que los derechos de esa gran obra quedaron en manos de alguien que escribe artículos escolares sobre el autor del «Aleph». Las páginas finales son un discreto pero firme ajuste de cuentas con la Kodama. Y sus razones tendrá.

Hay que hacerse una pregunta: ¿qué es lo que espera un lector de Borges al leer una biografía escrita por una amiga o amante? Si no se trata de una gran escritora, y Borges no tuvo por novia a ninguna, no deberían caer en la tentación de hacer una biografía de Borges sino de contarnos su testimonio. Deben olvidar —si algunas quedan con ánimo— decirnos qué obra escribió Borges y narrarnos el accidente iniciático de la escalera. Que no nos hablen de laberintos ni de la cábala: quien esto escribe y no creo ser el único, quisiera leer testimonios, conversaciones, anécdotas. Y no es poca cosa. Hay que aceptar que para escribir una gran biografía —y más si se trata de Borges— hay que tener mucho talento. También hay que tenerlo para ser un buen testigo de algunos episodios de importancia.

J.M.

Los libros en Europa

Nostalgias Europeas. Una vida de Stefan Zweig. Jean-Jacques Lafaye. Traducción de Herminia Lauer. Juventud, Barcelona, 1995, 200 páginas.

La extraordinaria generación vienesa de fin de siglo —«cien años nos contemplan»— recibe un nuevo apunte con este trabajo a caballo entre la novela y la investigación del francés Lafaye, donde el lector de Zweig descubre detalles que éste pasa por alto en su autobiografía, en concreto el aspecto difícil de su personalidad, lo que tuvo de renuncia y de sueño —«locura egocéntrica» afirmará Lafaye— una obra orientada a plasmar individualidades históricas a partir de las vivencias propias. El desequilibrio interior que generará esa empresa en sus relaciones familiares y sociales es seguido por Lafaye con detenimiento y con inspiración de novelista: «Ella se respeta más que él, y hay más grandeza y amor en sus silencios que en todos los libros de él», sentencia el francés, a propósito de la primera esposa de Zweig, Friderike, refiriéndose a la inquietud que aleja a Zweig de su hogar y que, finalmente, coincidiendo con la marea nacional-socialista, le lleva a apartarse de ella, de Salzburgo y de Austria, buscando nuevos horizontes.

Sin embargo, lo que atrae del novelista se vuelve en contra del investigador: ésta es la dificultad principal que encuentra uno en este tipo de composición, dificultad que acordona asimismo los trabajos de Zweig, cuyo modelo sigue Lafaye: la unión o yuxtaposición de la esfera de los hechos y la esfera de los valores, de la razón objetiva —la descripción del mundo que hacen las ciencias— y la verdad subjetiva —la ética—, característica formal de la exposición de sentimientos efectuada desde fuera, la falta de distancia del narrador, que por un lado acerca al lector activamente a lo que lee, impide por otro la consideración: la corriente de los hechos no da lugar a un examen de alternativas, a un marco —que no puede incluir el género— de posiciones distintas que encuentren en la crítica —que es discernimiento— una «valoración» efectiva, «educadora» sobre los hechos. Esta traición y grandeza de los géneros subjetivos puede llegar a arte, como en la tragedia griega, la novela de Stendhal, los cuentos de Tolstoi, cuando la colisión entre yo y destino es reflejada por el artista: ¿pero qué ocurre cuando características de un espacio —la novela— se aplican en otro —la biografía— y la personalidad del artista ocupa áreas que, en rigor, no le corresponden? ¿Cuando sus sentimientos o inclinaciones ocupan un lugar que pertenece a otro y desplazan equívocamente el sentido personal de la actitud ética? La realidad se convierte en una proyección del yo, un tejido sensorial, sentimental o intelectual hiperdilatado. Este es el peligro del impresionismo y su inversión, el